

Altos príncipes cabdales  
 Ossaron seer conquistadas.  
 Joyas, cofres de thessoros  
 Este qonde dió á Dios  
 Para yglesias, templos, choros:  
 Todo esto de los moros  
 Lo dió á obispos dos 1.

De allí revolvia el Conde contra las Extremaduras, sembrando terror y luto entre los enemigos de su religion, cuando sabida por Almanzor, que bajo el imperio de Hixem III gobernaba el Califato de Córdoba, aquella nueva desgracia de la frontera, corre al frente de muy poderosas legiones, resuelto á tomar cumplida venganza:

Almonçor, rey poderoso,  
 Príncipe de aquendel mar  
 Con yra fuerte, furioso  
 Et gente mucha, acucioso  
 Venó á Castiella extragar.  
 Sabido, el qonde esforçó  
 A su gente tan loçana  
 Et ende mucho 'animó,  
 Et con suyos caminó  
 Con la gente castellana 2.

Como en el antiguo poema y en la *Estoria de Espanna*, que le sigue, conforme advertimos oportunamente, celebra Fernan Gonzalez cierta manera de consejo de guerra, en el cual se decide que partan luego del castillo de Muñon sobre Lara para hacer frente á la morisma. Llegados los castellanos á la expresada villa, esperaban «bien guarnidos» el momento de probar sus armas, cuando empeñado el Conde en la caza de un jabalí, síguele hasta la ermita de Pelayo, haciendo oficio de enviado del cielo, pues como exclama el poeta:

Angel, segund que cayó,  
 Era et non puerco montés.

Gozosos reciben al Conde los compañeros de Pelayo, ofreciénd-

1 Capítulo XX.

2 Capítulo XXX.

dole, cual vieron ya los lectores al examinar el primer poema, cuanto en la ermita guardaban para aquella vida solitaria y de ayunos:

De pan é agua fué ospedado  
 Este qonde syn rafez:  
 Nunca fué tan conbidado,  
 Muy contento et agradado,  
 Como fué en esta vez.  
 Lleno estaua de plaser  
 Desta gente uer tan sancta:  
 En sarmientos su yaser  
 Fué cierto, á mi ver,  
 Et non en colchon nin manta 1.

Venida la mañana, despide el monje Pelayo al conde de Castilla, no sin vaticinarle próspero suceso en todas las empresas que acometa, bien que sujeto á dos persecuciones con exceso peligrosas:

Vos set cierto uençerés:  
 Grand sangre derramarés,  
 Et seredes reçelado.  
 Vuestra fama sonará  
 Et seredes muy temido:  
 Vuestra lança ganará  
 Mucha tierra, et uerterá  
 Sangre, con grande sonydo.  
 Dos veçes apressionado  
 Tenet que auedes á seer:  
 Mucho seredes onrado  
 Et temido et acatado:  
 Esto querades creyer.

..... 2.

El monje le predice tambien la aparicion de la Sierpe de fuego, que llenará de terror á sus vasallos, y recomendando á su piedad aquel pobre santuario, obtiene cumplida promesa del Conde, el cual le dice:

Gloriosos padres benditos,  
 Yo pagaré ospedamiento

1 Capítulo XXXI.

2 Id., id.

Et faré por tales ritos,  
 Abbad. et monjes y sitos,  
 Que aya monjes más de ciento:  
 Et mi cuerpo aquí daré  
 Con muchas joyas et uentas,  
 Et por suerte atal faré,  
 Et yo anssi lo enrraré  
 Que aya viellas et rentas <sup>1</sup>.

Vuelto á su ejército, hállale entregado al mayor duelo y consternación, no sólo por la inesperada ausencia de Conde, sino también por el temeroso espectáculo anunciado á este por el monje Pelayo. La voz de Fernan Gonzalez los alienta y asegura, acometiendo luego á la morisma, que poblando cuevas y llanos de *blancos et loros*, parecia tener por suya la victoria. Trabada la lid, no sin el prodigio de Pero Gonzalez que se hunde con su caballo, al mover de las primeras legiones, pelean los castellanos con tal coraje y ventura que vencido Almanzor y desbaratadas sus huestes: *derroca el conde sus pendones, derribando las cabeças* de incontable muchedumbre. El poeta exclama, con viva fé y entusiasmo:

Grande fué la maraviella  
 Del vençer d'aquesta lit! ..  
 Tan poca gente sençiella  
 Los vençer et asy los triella!...  
 Por atanto á Dios servit <sup>2</sup>.

Cargado con los despojos de tan gran victoria, volvió el Conde á la ermita de Pelayo, ofreciendo ante el altar de San Pedro *ricas donas de caxas, cofres et arquetas*, y echando los primeros fundamentos al famoso monasterio de Arlanza, piadosa obra á que contribuyen también sus caballeros y magnates, *dando mucho de lo suyo*.—El rey don Sancho de Navarra, deseoso de vengar antiguas injurias, invade entre tanto el territorio de Castilla, robando y estragando sus tierras y moradores. En Búrgos

<sup>1</sup> Capítulo XXXII.

<sup>2</sup> Capítulo XXXVIII.

sabe el Conde estos desafueros; y convocando á sus capitanes, consúltales sobre aquel nuevo conflicto, obteniendo por respuesta la seguridad de que darian todos *mal trebeio á navarros*, y moviendo en consecuencia contra el rey don Sancho al frente de *sus poderes* <sup>1</sup>. Junto á la Era Degollada se encontraron ambos ejércitos; pero antes de venir á las manos envió Fernan Gonzalez atento mensaje al navarro, para que hiciese enmienda *de los males* y daños que le tenia hechos, cortesania de cristiano mal interpretada por don Sancho, que se dispone en respuesta á entrar en batalla. Rudo, sangriento fué el combate; pero propicio á los castellanos, quedando sembrado el campo de cadáveres y cubierto de armas, capellinas y yelmos, y cayendo muerto el rey don Sancho á los piés del Conde, no sin dolor de este, que honra su memoria, enviando su cuerpo á Navarra y poniendo en libertad á los caballeros y soldados, apresados en la refriega:

Vençido el campo sin ál,  
 Fué el don Sancho mortaiado  
 En ataud et rico bryal  
 Deste qonde muy trionphal,  
 Et á su tierra fué aportado.  
 Soltó el qonde caualleros  
 Que en la batalla prendió  
 Et enbiólos plasenteros;  
 Et que fuessen mensajeros  
 Al rrey García que enbió <sup>2</sup>.

No bien diera Fernan Gonzalez tan alto ejemplo de esfuerzo y magnanimidad, cuando se vió forzado á pelear de nuevo con el conde de Tolosa, que venia con muy cumplida hueste en ayuda de don Sancho; pero con igual desventura para este príncipe ex-

<sup>1</sup> Es notable el rasgo de piedad que pone el poeta en boca del conde, cuando pinta esta asamblea. Al saber la decision de los suyos, dice:

Non firamos...  
 A los pobres ignocentes;  
 Mas vamos ende buscando  
 Aquel rrey, questá parlando,  
 Et sus poderes et gentes.

<sup>2</sup> Capítulo XXXVIII, citado.

tranjero, que halla el fin de sus días en la lanza del castellano, extremándose despues la generosidad del vencedor respecto de los vencidos, á quienes *da para gastar*, mandándoles que lleven el cuerpo de su señor á su condado.—Diferentes empresas, acometidas con tanto arrojo como felicidad, tales como los asaltos y destruccion de Dueñas, Cabezón y Esgueva, hacen más temible el nombre del intrépido caudillo que *non sabia sosegar*<sup>1</sup>, excitando la venganza de los sarracenos y agujoneando la saña de Almanzor, quien predicando la guerra santa, parte á Castilla resuelto á aniquilar al Conde:

Almonzor con grand poder  
De altos rreys et poderosos  
Veno á Castiella correr  
Muy feroz, por la perder  
Con sus canes tan rabiosos.  
Ochenta reys por verdat  
Venieron con muchas gentes,  
Llenos todos de crueldat,  
Contra el qonde et xristiandat,  
Renegando los sus dientes<sup>2</sup>.

La renombrada batalla de *Facinas*, á que precede la aparicion y nueva profecía de Pelayo, y en la cual pelearon San Millán, Santiago y otros santos, convence á Almanzor de que era incontrastable el Conde de Castilla, sublimando su reputacion y gloria entre moros y cristianos. Don Sancho de Leon llámale despues á córtés, en las cuales se presenta con el *azor mudado* y el *fermoso cavallo*, ocasion de la total independenciam de su patria: en ellas se urde tambien la traicion, ejecutada despues contra el Conde en la corte de Navarra, traicion que dá pábulo á la heroicidad de la infanta doña Sancha, poniendo á prueba la lealtad de los castellanos en la forma que nos mostró ya la aná-

<sup>1</sup> Todos estos pormenores escasean en el primer poema y aun en la *Estoria de Espanna*, donde bastan las primeras hazañas del Conde para atraer sobre Castilla la ira y los ejércitos de Almanzor. El autor de la *Corónica de los rimos* habia consultado otras fuentes históricas, ó seguía en esta parte la tradicion de los populares.

<sup>2</sup> Capítulo CXV.

lisis del primitivo *Poema*. A este sigue el que vamos examinando en todo lo demás, con no poca exactitud, revelándonos en las hazañas á que dá cima el Conde, despues de la batalla de Valpir, cuanto se ha perdido de aquel respetabilísimo monumento. El valeroso caudillo castellano lleva sus enseñas hasta los muros de Córdoba, sembrando el espanto entre los infieles:

Temen aquel brauo leon  
Toda la grand morería;  
Sienten grand tribulaçion  
De muertes et de presyon,  
Dando al qonde meioria.  
Con mano uá poderosa  
Este á Córdoua et su tierra:  
Entra en los moros con grossa  
Gente, fuerte et animosa,  
Faciéndoles cruel guerra<sup>1</sup>.

La muerte, anunciada por un ángel, le sorprende al cabo en medio de tantas victorias; y quien habia peleado como bueno por el engrandecimiento de la religion de sus padres, bajaba al sepulcro con la contricion y esperanza del verdadero cristiano:

Cubre el qonde con dolor  
Su cabeça de ceniza;  
Llora con grand amargor  
Sus peccados et su horror:  
Que su carne se desliza.  
Desnudo et en tierra echado,  
El çeliçio fasta el suelo;  
De rodiellas finoiado,  
Et en la tierra él postrado,  
Faciendo muy grand duelo;  
Enxenplos maravillosos  
Está el qonde á suyos dando, etc.<sup>2</sup>

Y no fué su muerte sin prodigios, asi como no era po-

<sup>1</sup> Capítulo CXLI.

<sup>2</sup> Capítulo CL.

sible imaginarla sin profundo duelo de sus vasallos. Al expirar:

Una estrella reluciente  
Aparece et resplandor;  
Et las piedras ciertamente  
Agua et sangre muy caliente  
Sudan, con grand dolor.

Sallyó el ánima gloriosa  
Daquel su cuerpo mortal:  
Fué con luz relumbrosa  
Et compañía fermosa  
A gloria celestial—  
Queda grand et soave olor  
En el cuerpo tan loçano:  
Quedan todos con dolor;  
Quedan todos con margor,  
Por perder aqueste manno <sup>1</sup>.

La idea sumaria que ofrecemos aquí de este nuevo poema de Fernan Gonzalez, ó *Corónica de los rimos antiguos*, persuadirá sin duda á nuestros lectores de que no sin razon lo asociamos al de Alfonso XI, si bien reconocemos en este alguna prioridad y mayor mérito intrínseco, hijo de las dotes personales del poeta. Derivado del primitivo monumento en lugar oportuno estudiado, ofrece, aunque escrito con la ayuda de otros libros tenidos en mucho, entre los cuales debe contarse la *Estoria de Espanna*, un sentido más popular que si altera en parte el carácter con que el héroe se ostenta en aquella obra, cual imitacion visible del *Alexandre*, le dá en cambio mayor naturalidad y llaneza, recibidos como verdaderos y de todo punto refundidos en la turquesa de las creencias populares los rasgos de heroísmo, las inauditas proezas, inspiradas al primer cantor de Fernan Gonzalez por el ejemplo del caudillo macedon, grandemente aplaudido de los doctos <sup>2</sup>. De esta natural circunstancia, que nos presenta al autor de la *Corónica de los rimos antiguos*, aspirando por un

<sup>1</sup> Capítulo CLII.

<sup>2</sup> Véase cuanto sobre este punto dejamos observado en el cap. VII de esta II.<sup>a</sup> Parte.

lado á conservar la tradicion erudita, que habia consagrado la memoria del Conde, y admitiendo por otra el sentimiento y la creencia con que la habia sublimado la muchedumbre, provenia tambien la manera de considerar la relacion del héroe con la divinidad que le protege y guia sus pasos contra la morisma. Al imaginar la figura del Cid, le habian puesto los cantores populares en comunicacion con los ángeles y los santos <sup>1</sup>: al bosquejar el imitador de Juan Lorenzo la del vencedor de Hacinas, habiala acercado á los predilectos de Dios por medio del monje Pelayo <sup>2</sup>. Reflejando ahora el amor y reverente cariño de los castellanos hácia su libertador y el piadoso reconocimiento de los hijos de Arlanza hácia el magnate que los habia heredado y engrandecido, concediale el autor de los *rimos antiguos* no solamente el envidiable privilegio de oír la voz de los santos que le anuncian prosperidad y bienandanza, enalteciéndole sobre los enemigos de la cruz, sino el más preciado galardón de ver con sus ojos mortales á los ángeles del Altísimo, que se le ofrecen por guia para subir á la morada de los justos. El enviado del Señor le dice, al revelarle su próximo fin:

Avet goço et alegria,  
. . . . . Qonde onrrado:  
Ca presto será aquel dia  
En que, seyendo el tu guya,  
Con Dios serás colocado <sup>3</sup>.

Y para que la proteccion celestial fuese más completa y visible, narrada la muerte del héroe, cuadro en que se recordaba el ejemplarísimo que ofrecen los últimos instantes de San Fernando, pintados por su hijo <sup>4</sup>, quebrántanse las leyes de la natura-

<sup>1</sup> Capítulos II, III y IV del tomo anterior.

<sup>2</sup> Capítulo VII ya citado, en que hacemos el estudio del *Poema de Fernan Gonzalez*.

<sup>3</sup> Capítulo CXLIV de la *Crónica de Arredondo*.

<sup>4</sup> La *Estoria de Espanna* refiere que reconociéndose don Fernando cercano á la muerte, mandó llamar al obispo don Remon «et quel' traxiesen el cuerpo de Dios et la Cruz en que está la significança de Nuestro Sennor »Ihu, Xpro. Et quando sentió venir (añade), dexóse caer de la cama abaxo.

leza, apareciendo entre fulgores una luminosa estrella, brotando agua y sangre de las piedras y viéndose ascender al cielo, seguida de *fermosa compañía*, una luz esplendente, símbolo del alma gloriosa de Fernán González.

De esta suerte pues santificaba la poesía al famoso capitán que tornaba á ser norte de soberanos y espejo de guerreros, ganando de nuevo el aplauso universal del pueblo castellano. Y que este hecho de no exigua trascendencia sólo era cumplido, cuando se reponen al fragor de grandes batallas y victorias, el generoso espíritu que tenían amortiguado en la España Central las discordias civiles; que este movimiento logra viva representación en la *Historia* poética de Alfonso XI, móvil y objeto al par del entusiasmo de la muchedumbre, propagándose á la *Corónica de los rimos antiguos*, demuéstralo con entera evidencia el estudio que precede, reflejándose en uno y otro poema los deseos y esperanzas de uno de los más memorables periodos que ofrece la historia de la civilización española. Sin duda representaba el primero con mayor fuerza y energía esas mismas esperanzas y deseos, como que, sobre ser fruto de un actor y testigo de los sucesos, se encaminaba á fin más inmediato, ensalzando las glorias de lo presente. Hijo era también de esta condición ventajosa del poeta el mayor brio y nervio de su entonación, la superior brillantez de las pinceladas que esmaltan el cuadro por él trazado, á pesar de la excesiva variedad de sus episodios.—Pero ya lo hemos dicho: si además de semejantes circunstancias, tiene Rodrigo Yañez conocida superioridad de ingenio sobre el autor de la *Corónica de los Rimos*, no por eso dejan ambas producciones de ostentar en sus formas literarias, artísticas y gramaticales notable afinidad <sup>1</sup>,

»et teniendo los oios fitos, tomó un pedaço de sogá et echóselá al cuello; et encoruóse fázia la cruz muy omildosamente et tomóla en las manos, començando á mentar quantas penas sufriera nuestro Sennor en ella por nos, »besáuála muchas vezes; feriéndose en los pechos, culpándose de sus peccados et pidiendo á Dios perdon... Des y fizo tirar de sí los pannos que vistie» etc. Como notarán pues los lectores, es palpable la influencia de esta descripción histórica en la que hace el autor de los *rimos*, al contar la muerte del Conde.

<sup>1</sup> Los símiles y frecuentes calificaciones de *leon bravo*, *leon sangriento*

respondiendo al doble anhelo de solemnizar los propios triunfos y de robustecer el sentimiento público de los castellanos con el recuerdo y nueva apoteosis de sus más respetados héroes.

Lástima (y lástima grande por cierto) que sólo hallara imitación en la *Corónica de los rimos antiguos* la obra acometida, bajo tales auspicios, por Rodrigo Yañez. La orfandad en que sumió á Castilla la inesperada y lloradísima muerte de Alfonso XI, desatados de nuevo los vientos de la anarquía señorial, que abandonan sus bastardos, alejando á los castellanos del camino en que habían entrado con tanto denuedo como fortuna, secaba las fuentes de toda inspiración patriótica y desheredaba á los ingenios semi-eruditos, que puestos entre doctos y vulgares, habían infundido nuevo aliento á los ya olvidados cantos de la musa heroica de Castilla <sup>1</sup>. Ciertamente es que algunos poetas de la segunda mitad del siglo XIV quieren pulsar la lira histórica, según en propio lugar

*leon rabioso, fuerte castiello, rey lozano, conde lozano, rey de ventura, conde de ventura y natural guerrero*; las frases de *caballeros de prestar, dar mal trebeio, ferir sin falla, ferir á poder de escudo et lanza, reteñir ó resonar la montaña* á los golpes del combate, y otras muchas de igual corte y valor, son comunes en uno y otro poema, si bien abundan más en la *Crónica ó Historia en coplas del rey don Alfonso*, mostrando más espontaneidad, conforme á la naturaleza misma de la inspiración de una y otra obra. De la manera de pintar y describir habrán juzgado ya los lectores por los pasajes trascritos, abrigando nosotros el convencimiento de que su juicio, absoluta y relativamente, no se apartará mucho del que dejamos expuesto.

<sup>1</sup> No se olvide sobre este punto cuanto llevamos dicho respecto del desarrollo del arte desde mediados del siglo XIII, ni cuanto observamos, al fijar los primeros pasos de la poesía escrita. La existencia de esos poetas intermedios que aspirando á la gloria más duradera que la de los cantos breves y pasajeros de la muchedumbre, se acercan algún tanto á los doctos cultivadores de las letras, es evidente en todas las literaturas é indubitable en la castellana: se inspiran en los grandes acaecimientos; los reflejan con la conciencia y la fé del pueblo; los aprecian con el criterio universal; los pintan como los poetas populares; y sin embargo, su intento y su aspiración los conducen á adoptar los medios literarios adoptados y elaborados ya por los eruditos. Esto sucede, pues, á los autores de los dos poemas que llevamos examinados, cuya musa vuelve á enmudecer, careciendo de los grandes ejemplos de heroicidad y patriotismo, que le ofrecen los últimos días de la primera mitad del siglo XIV.

notaremos, hablando de un Pero Ferrús, un Miçer Francisco Imperial y otros no despreciables trovadores. Mas esos pasajeros versos ni nacen ya de los grandes conflictos entre la Cruz y el Islam, ni reflejan las grandes victorias del pueblo cristiano, ni personifican sus más ardientes esperanzas: escritos para halagar el poder de los reyes ó la presuncion cortesana, pueden únicamente interpretar un sentimiento individual y egoista, traduciéndose sin violencia alguna por los favores que en los palacios han alcanzado los poetas. Aquella inusitada cuanto enérgica manifestacion de la musa histórica quedaba pues sin verdaderos imitadores; siendo esta dolorosa esterilidad prueba inequívoca de que sólo un monarca que se eleva á la altura en que admiramos á Alfonso XI, en los últimos dias de su vida, y sucesos tan portentosos como la batalla del Salado y el asedio y toma de Algeciras podian conmóver profundamente y en un sentido noble y patriótico á la nacion castellana, rehabilitando en el arte aquel espíritu de hidalguía y de heroismo que hemos visto resplandecer en los primeros monumentos escritos de la poesia española. Apagada ante los muros de Gibraltar aquella luz salvadora, que habia iluminado con tan vivos resplandores los horizontes de la civilizacion central de la Península, propagándose á las regiones occidentales en la forma y por los medios que al comenzar este capítulo indicamos, caía en nuevo abandono y postracion la musa histórica de los semi-eruditos, condenada á más largo silencio.

Mas no se diga que ni aun en estos momentos de conturbacion y de escándalo para Castilla y para la cristiandad entera, enmudece la poesia que tiene por instrumento el habla del Rey Sábio. Próxima á una de las más importantes transformaciones que experimenta en los tiempos medios, vuélvese á fecundar en cierta manera los elementos literarios, que habian resplandecido en las obras de los sucesores de aquel esclarecido monarca; y fijando su vista en los preceptos de la moral, lastimosamente hollados en medio de tantos rencores y venganzas, habla tan elevado lenguaje para templar sus iras y recordar á grandes y pequeños sus deberes, poniendo delante de los que fiaban sólo en las vanidades y ambiciones del mundo la frágil pequeñez de su grandeza. Y es lo más

notable de este singular espectáculo que no un sacerdote de Jesus, no un caballero cristiano, sino un miembro desautorizado y humilde de una raza proscrita fuese el instrumento elegido por la Providencia para advertir al rey y pueblo de Castilla el olvido de aquella sublime y salvadora doctrina; fenómeno digno por cierto del más detenido estudio y únicamente realizable en el suelo de la Península Ibérica.

Detengámonos pues breves momentos á considerarlo, no sin fijar al propio tiempo los caractéres que ostentaba á la sazón la poesia de los eruditos, tarea que pide ya de por sí nuevo capítulo.